

JUANA ROSS EDWARDS
EL VALOR DE LA POBREZA

DAVID O. TOLEDO



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© David O. Toledo Toledo, 2009
Inscripción N° 181.054

ISBN 978-956-17-0441-1

Derechos Reservados

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
12 de Febrero 187, Valparaíso
Fono 32-227 3086 - Fax 32-227 3429
Correo electrónico: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Diseño: Guido Olivares S.
Asistente de Diseño: Mauricio Guerra P.
Asistente de Diagramación: Alejandra Larraín R.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Impresos Libra, Valparaíso
HECHO EN CHILE

UNA DEUDA DE GRATITUD

Doña Juana Ross Edwards fue una de las personalidades más destacadas a nivel nacional en la segunda mitad del siglo XIX.

Sus múltiples atributos personales, su virtuosismo y su ejemplar fortaleza ante la adversidad la perfilaron como una mujer de carácter.

Su fe inquebrantable, su piedad religiosa, su preocupación por el esplendor del culto y su humildad fundida en la modestia, la configuraron en un esbozo de santidad.

Pero lo que realmente la identifica hasta hoy es su entrañable amor por los pobres, los huérfanos, los desamparados. En ellos volcó toda su caridad y toda su inmensa fortuna. Se diría que no hubo necesidad humana que ella no atendió.

Hay un deber de gratitud pendiente.

Desde el tiempo de su partida se ha venido hablando de monumentos, biografías u otra forma de reconocimiento de la sociedad chilena hacia ella.

La Iglesia asumió en parte esta tarea pendiente al trasladar sus restos y los de su esposo, don Agustín Edwards, a la cripta de la Catedral de Valparaíso, gestión en la que tuvo ocasión de tomar parte. Fue una decisión importante, en gratitud por su ilimitada generosidad y su alta sensibilidad social.

Esta obra biográfica también es fruto del compromiso pendiente con la memoria de la insigne benefactora. Tiene el propósito de dar a conocer algunos aspectos de su vida y la obra inconmensurable desarrollada por ella en favor de “los predilectos de Cristo” (los menesterosos) y que en su sorprendente modestia advertía: “Que no se diga mi nombre; que no se sepa quién lo ha hecho”, como quedó esculpido en su lápida.

Conozco al autor por espacio de largos años; he trabajado con él en diversos campos eclesiales, y en todo este tiempo he podido apreciar sus dotes de investigador y el rigor con que realiza su quehacer. Así lo han demostrado sus escritos, como la Breve Historia de la Parroquia del Espíritu Santo de Valparaíso que le encargué al celebrar ésta su 125 aniversario.

Cinco publicaciones más acreditan su experiencia como escritor, entre las que cabe destacar “Vigía de la Fe”, biografía sobre el obispo Emilio Tagle.

En el presente libro entrega una visión sugerente, rica en antecedentes, a veces emotiva y siempre ejemplificadora de una figura relevante en el ámbito de la caridad cristiana.

Hace unos años, de visita en Valparaíso, el entonces Nuncio del Papa, al conocer la personalidad y la inconmensurable obra de doña Juana Ross, recomendó: “Es necesario recoger toda información sobre esta dama que, con su magnánima generosidad, tanto bien hizo a la Iglesia y a todo Chile”.

“**El Valor de la Pobreza**” escrita por David O. Toledo, responde en alguna medida a esta sugerencia que, como dije al principio, era una deuda de gratitud pendiente.

MONS. JORGE SAPUNAR DUBRAVIC
EDITOR
PÁRROCO DE LA PARROQUIA SAN ANTONIO

Viña del Mar, Junio de 2009

CONTENIDO

UNA DEUDA DE GRATITUD	PÁG. 5
ANTES DE COMENZAR	9
1820 EN BUSCA DE SU DESTINO	13
1851 VALPARAÍSO, LA NUEVA VIDA	15
1855 MISTERIOS DOLOROSOS	27
1859 CAMINOS CONVERGENTES	37
1870 TIEMPO DE CAMBIOS	49
1874 EL INSTITUTO DE CARIDAD O SOCIEDAD DE DOLORES.	59
1878 MUERTE DE DON AGUSTÍN EDWARDS	63
1879 DIFÍCILES MOMENTOS PARA CHILE.	73
1883 NUEVO “HOSPITAL PARA LOS POBRES”.	79
VIAJE AL CENTRO DEL MUNDO	87
1885 INAUGURACIÓN DEL NUEVO “ASILO DEL SALVADOR”	95
1887 LA PESTE DEL CÓLERA	103
1889 MUERTE DE SU HIJO ARTURO	105
1891 TIEMPOS FUNESTOS.	113
1897 SU ÚLTIMO HIJO	129

1900	DOÑA CARMEN	137
1906	“DIOS ME LO DIO; DIOS ME LO QUITÓ”	139
1910	BALANCE FINAL	161
1913	A LAS PUERTAS DE LA INMORTALIDAD	163
1992	“BIENVENIDA A SU CASA”	175
ANEXOS	ALGUNAS ORACIONES FÚNEBRES.	179
	TESTAMENTO DE DOÑA JUANA ROSS EDWARDS	219
PERSONAS Y DOCUMENTOS	239

ANTES DE COMENZAR

Escribir sobre la vida de doña Juana Ross fue una empresa altamente delicada, admirable, subyugante.

Los antecedentes de su vida, conservados en desperdigados datos, que no son fáciles de encontrar ni menos comprobar, plasman una personalidad de alta categoría, no por sus enormes recursos económicos, sino por la aplicación que hacía de ellos.

Le correspondió vivir tiempos y circunstancias señeras, como fue el siglo XIX, cuando la República daba sus primeros pasos, cuando los grandes capitales económicos iban surgiendo del salitre, del cobre y los metales nobles, y cuya riqueza atraía a empeñosos pioneros europeos.

Pero la contrapartida, u otra cara de la moneda, era la precariedad de un sector de la sociedad, los desamparados, cuya extrema pobreza sellaban consecuencias dramáticas en la niñez y la ancianidad, principalmente.

La alimentación, la salud y la educación también estaban en seria deficiencia. Es que todo estaba comenzando.

La brecha en la distribución de los bienes era grande.

La reacción solidaria vino por la vía de diversas agrupaciones benéficas o filantrópicas de concepción laica, y de congregaciones religiosas que fueron ingresando al país con la anuencia del gobierno para mitigar tanto dolor y abandono.

Doña Juana Ross observaba conmovida esta cruda realidad y su acendrado amor a Dios acertó a expresarlo en el amor al prójimo, convirtiéndolo en su tarea cotidiana.

Para ello se valió de sus propios recursos con la solidaria comprensión de su esposo. Y, al enviudar, cursó la fabulosa herencia que él le testara.

Además de su intensa y nutrida gestión personal en el ámbito de la solidaridad, sus principales canales asistenciales fueron la Sociedad de Beneficencia de Señoras de Valparaíso y las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul con quienes identificó su vida y finalmente su muerte.

Pero su obra no se elaboró en un plano filantrópico, como era el estilo laico de la época. No entregaba limosnas originadas en una situación emocional o para eludir la injusticia social vigente. Ella puso en práctica la Caridad, entendida como la permanente actitud de servicio en el amor cristiano.

Su vasta cultura religiosa en la que fue iniciada por su madre, le permitía saber o, al menos, intuir que la Caridad es “la cumbre de la Iglesia” y una manifestación del Amor Trinitario; de manera que cuando alimentó o abrigó a un niño, cuando le enseñó a leer o a rezar; cuando brindó un lecho a un anciano enfermo, su gesto fue prioritariamente un acto de amor en Cristo. Se diría que su quehacer lo ejecutaba “por El, con El y en El”. Es que toda su acción social fue una liturgia de amor.

Con esta concepción de la fe, instaló y apoyó a varias instituciones religiosas que fueron ingresando al país con los mismos propósitos y objetivos.

Modesta en su apariencia; fuerte y racional en sus decisiones. Altamente sensible ante las necesidades humanas, restringía, sin embargo, la limosna solicitada. Creía en el auxilio urgente, pero también creía en el compromiso que dignifica.

¿Excéntrica? tal vez, para su tiempo social, económico, competitivo. Ciertamente doña Juana Ross rompió esquemas, estereotipos, formalidades, prejuicios sociales e incluso, religiosos.

Dedicó toda su existencia a proyectarse en el prójimo. Lo conoció, lo entendió y lo atendió. La sentencia evangélica estaba bien interpretada: “Lo que hagas al más pequeño, a Mí me lo haces”.

A diferencia de su esposo, no aportó financiamiento para ninguna obra pública, ni puentes, ni caminos, ni muelles..., excepto iglesias, hospitales, asilos y personas. Lo suyo era el amor a la persona; el “servicio de la Caridad”, según expresión del Papa Benedicto XVI.

Sin embargo, su vida personal fue un rosario de tragedias. Sufrió, lloró, mas nunca se anonadó.

Sus siete hijos muertos; ocho de sus nueve hermanos, más su esposo, su madre, sus amistades más afectivas la dejaron viviendo en soledad, como María, la madre de Jesús. Pero, como ella, supo servir siempre, atendiendo la recomendación de San Pablo: “Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien” (Gálatas 6, 10).

¿Cuánto donó en su vida?, ¿cuánto testó en su muerte?

Imposible calcularlo. Un estudio realizado en el año 1881 determinó que ella era la mujer poseedora de la mayor fortuna del país. Sólo su patrimonio personal actualizado a la fecha podría alcanzar a más de tres billones de pesos. Su estricto control económico y la inteligente aplicación de intereses bancarios y réditos de sus inversiones permiten deducir que la envergadura de sus obras fue superior. Sin embargo, siempre cultivó un muy bajo perfil social y una austeridad identificada con los votos religiosos, lo que hace imposible calcular la dimensión de su generosidad.

En este libro se consignan algunos aspectos de su vida, su pasión que supo ofrendar a Dios, y su admirable fortaleza ante la adversidad.

Se ha procurado mantener un estricto rigor en la selección de los datos, escogiendo, en lo posible, fuentes fidedignas, documentos y testimonios de primera mano, entre ellos, un libro publicado por su hermano Agustín Ross que consigna valiosos datos, correspondencia y el testamento de la benefactora. Él fue su administrador de bienes por largos años hasta su fallecimiento y luego, uno de sus albaceas.

Un anexo con cuatro homilías de sacerdotes contemporáneos y su propio testamento, rubrican y complementan el propósito fundamental de este trabajo: honrar a la insigne benefactora que conoció y personificó el “valor de la pobreza”.

Doña Juana Ross Edwards fue una mujer privilegiada en lo económico, en el sufrimiento y en la Caridad.

EL AUTOR

1820



EN BUSCA DE SU DESTINO

El bergantín con destino a Coquimbo estaba a punto de levar anclas; se había disparado el primer cañonazo de aviso, el segundo sería cuando la nave estuviera libre de amarras.

De pie sobre cubierta David Ross contemplaba la rada de Valparaíso que lo había acogido a su llegada procedente de la lejana Escocia en 1820, cuando dejó a sus padres Munro Ross y Jean Gillespie, para iniciar la aventura sudamericana.

Muchos allá hablaban de una nación que había conquistado su independencia de la tutela española y que prometía grandes oportunidades y riquezas. Otros compatriotas se habían atrevido con éxito, y contaban sus experiencias.

El joven aventurero arribó a Valparaíso y pronto se pudo contratar en la firma inglesa Sewell y Patrickson que operaba en faenas mineras y navieras. Su desempeño fue reconocido por sus jefes lo que muy pronto le llevó a ser nombrado apoderado de la empresa.

Eran tiempos de activos pioneros y de gran inquietud económica. La firma Waddington, Templemann y Cía. le ofreció nuevas expectativas en La Serena, y hacia allá zarpaban sus esperanzas.

Tal es la consigna de los muelles: Recibir y despedir, como el flujo-reflujo del mar.

Se había disparado la segunda salva y ahora el buque rasgaba las aguas rumbo al Norte; le llevaba a su nuevo destino. Atrás quedaba Valparaíso con su mágico pasado-futuro.

Una vez ambientado en la ciudad nortina, y ya al corriente en su nueva actividad, optó por independizarse, dedicándose a la explotación de una mina de plata. Tiempo después el foco de atracción fue el cobre, muy requerido en Europa, lo que le llevó a incursionar en el comercio de exportación.

David Ross podía dar testimonio fehaciente que Chile era un país de oportunidades.

En medio de sus quehaceres conoció a Carmen, la hija mayor del Dr. George Edwards, otro pionero avecindado en La Serena que luego de desertar de su buque, había cobrado gran fama y simpatía tanto entre la población civil serenense, como entre las autoridades revolucionarias de la Independencia con quienes colaboró activamente.

El 23 de abril de 1829, David y Carmen contrajeron matrimonio. Habían pasado nueve años desde su arribo a estas promisorias tierras, ya había estabilizado su vida laboral. Ahora consolidaba su vida familiar. El 2 de agosto de 1830, nacía la primogénita de los diez hijos con que fue bendecida la pareja.

Fue bautizada en la parroquia El Sagrario, por Fray Francisco Bonilla, religioso dominico y el Cura Vicario de La Serena, José Agustín de la Sierra, el 30 de junio de 1836 cuando la niña tenía 5 años, once meses y dos días de edad.

La niña llevaría el nombre de su abuela paterna: Juana, que en hebreo significa Gracia. Ella sería Juanita Ross Edwards. Después vinieron Agustín, Ventura, Carmela, Ana, Isabel, Teresa, Jorge, Victoria y David.

En 1836, David Ross formó la empresa Ross, Schell y Cía., consolidando en mayor escala las ventas de cobre a Europa.

Sus condiciones personales lo distinguieron entre sus compatriotas, siendo designado cónsul de Su Majestad Británica.

La vida le había premiado todas sus expectativas: Matrimonio, hijos, fortuna y un destacado nivel social. Una familia feliz. Pero su más valioso aporte a su nueva patria sería muy diferente.

VALPARAÍSO, LA NUEVA VIDA

Lentamente el bergantín entraba a la bahía de Valparaíso. La experiencia marinera enseña que, en este puerto, con los vientos del Sur es necesario tener cuidado y preparar bien las velas, porque está expuesto a fuertes ráfagas que vienen de la Cordillera.

En medio de las faenas de la tripulación, una joven pareja admiraba el hermoso anfiteatro del Puerto.

En tanto ella observaba extasiada los detalles del novedoso paisaje, él atesoraba con satisfacción este encuentro que auguraba una conquista económica y social, y dichoso por la emoción que este escenario había provocado en su joven y bella esposa.

Él era Agustín Edwards Ossandón y ella, Juanita Ross Edwards.

El agotador viaje desde Coquimbo no había alterado mayormente la suavidad del rostro ni la dulce mirada de los ojos azul celeste de la joven Juana.

Durante los seis días de navegación, tuvo tiempo para leer, rezar y pensar; el perfecto equilibrio para su espíritu. La constante formación de su cultura, el ejercicio ininterrumpido de su espiritualidad, y el creciente desarrollo de su humanismo cristiano que por medio de la Caridad le instaba al socorro de los más débiles y desamparados, conformaban su atrayente personalidad.

Y mientras Agustín estudiaba profusos guarismos en variados cálculos, proyectando futuros negocios, ella se sumía en sus pen-

samientos y recuerdos de niña en casa de sus padres en la calle San Francisco de La Serena. Sus días de infancia y adolescencia, transcurridas en una sencilla rutina. Por la mañana, la escuela de doña Dámasa Cabezón; de regreso, el almuerzo familiar; por la tarde algunos quehaceres de casa, el bordado, la lectura del “Año Cristiano”, el rosario vespertino y la cena.

Un momento trascendente de su vida religiosa fue su Primera Comunión recibida en el templo de San Francisco, el del “poverello de Asís”. Allí sabían de la pobreza, de la humildad, la paz y el bien. Allí, entonces, entró en comunión con Jesús su primer encuentro sacramental. Un enlace del que nunca más se apartaría, como sus rosarios vespertinos.

Así crecía en oración, estudio y servicio a los demás, que la iban plasmando como una señorita educada y de gran espiritualidad. Aprendió muy bien no sólo su idioma, sino también el inglés de su padre, el francés, latín y al parecer otros que le otorgaron esa estatura intelectual y prestancia a través del tiempo¹.

El largo viaje entre el mar y el cielo le permitió recordar divertida aquellas gratas tertulias vespertinas en casa de sus padres a donde concurría una gran cantidad de parientes. Y, entre las amistades participaba un gran número de destacadas familias serenenses: los Iribarren, Mery (una de cuyas hijas sería religiosa), Zorrilla, Naranjo, Hugher, Garriga, Piñera, Amenábar, Ossa, Vicuña, Astaburuaga, Chadwick, Gana, Valdés y los Argandoña... (ref. de don Luis Ross Ferrari, consignado en “Alma Cumbre” de Carmen Valle).

Pensó en el caballero que la asediaba con respetuosa formalidad hasta conseguir inquietarla, distrayéndola de su mundo juvenil, casi adolescente.

Él le conversaba de sus sueños y proyectos, de abandonar La Serena y sus trabajos del Norte para radicarse en la ciudad-puerto más promisoría del país: Valparaíso. En sus viajes por el territorio lo había visitado más de una vez y su intuición comercial le había

¹ Cfr. Oración Fúnebre de Mons. Ramón Angel Jara.

permitido auscultar una plaza mercantil de primer orden. Una casa bancaria sería indispensable para los pioneros e inversionistas y por tanto, brindaría abundantes frutos para la prosperidad familiar y para ayudar a los demás, según expresaba.

Y se instaló en Valparaíso en 1849.

Luego vino lo del matrimonio. El delicado cortejo, convertido muy pronto en enamoramiento, debía chocar inevitablemente con grandes y graves dificultades que afectaron no sólo a los novios en particular, sino a los padres de ambas familias, la sociedad serenense y hasta la propia Iglesia.

El motivo era que la idílica pareja no estaba formada por dos seres extraños, ni lejanamente emparentados, ni eran siquiera primos, sino tío y sobrina. Por cierto, Agustín era tío de Juanita por parte de madre.

La consanguinidad implicó ribetes de escándalo, dando motivo a comentarios públicos y alta preocupación familiar. La cultura religiosa de entonces no facultaba ni concebía una situación semejante.

Debieron desarrollarse largas y serias conversaciones. Primero con carácter disuasivo; luego, en la búsqueda de soluciones. Las conversaciones continuaron a nivel religioso, y cuando la solidez del amor convenció a la familia, se cursó la correspondiente solicitud para la dispensa.

El amor es un intrépido aventurero y conquistador audaz. Todo lo puede y todo lo alcanza.

Algún tiempo después llegó la dispensa del “impedimento de primer grado mixto con segundo de sanguinidad” del Obispo José Agustín de la Sierra. El mismo que le había impuesto los óleos del Bautismo. Los padrinos de la boda fueron don Juan Melgarejo y doña Jacoba Edwards Ossandón. Testigos de Información Matrimonial, don José Ramón Astaburuaga y don Tomás Chadwick y, de casamiento, don Joaquín y don Santiago Edwards Ossandón.

Y la distinguida pareja pudo contraer el sagrado vínculo en la

parroquia El Sagrario de los PP. Mercedarios de su querida ciudad natal, el día 6 de abril de 1851.

“...después de practicadas todas cuantas diligencias se requieren por derecho previa la dispensa de las proclamas dispuestas por el Concilio Tridentino, como igualmente el impedimento de primer grado misto con segundo de sanguinidad, quedando dispensado todo por S.S. Ilma., casé con palabra de Present et Infantia Eletio a Don Agustín Edwards de esta parroquia, hijo legítimo de Don Jorge Edwards y de Doña Isabel Ossandón, con Doña Juana Ross de esta Doctrina, hija lejitima de Don David Ross y de Doña Carmen Edwards. Testigos de información Sres. Don Ramón Astaburuaga y Don Tomás Chadwick y de casamiento, Don Joaquín y Don Santiago Edwards, siendo Padrinos Don Juan Melgarejo y Doña Jacova Edwards. Prestaron el consentimiento padres, de que doi fe.

(fdo.) José D. Olivares”.

Entonces la novia tenía 20 años de edad.

A pesar de su juventud se sentía capacitada para asumir la conducción de un hogar, pues desde pequeña, su madre la había iniciado en los deberes domésticos, colaborando en el cuidado de sus hermanitos, enseñándoles a leer y escribir ayudando en bordados y costuras del vestuario, tanto para ellos, como para los pobres, pues le había sido inculcado desde niña esa preocupación por los desamparados².

El arribo del buque a Valparaíso interrumpió los recuerdos y meditaciones de la joven esposa.

Juanita y Agustín bajaron a tierra en el muelle fiscal con alegría nerviosa. Y luego de que Agustín diera algunas instrucciones, abordaron un coche que los esperaba y que los trasladó hasta el hogar que el flamante marido le tenía preparado en calle de La Planchada donde vivirían un tiempo en tanto se proyectaba la construcción de un palacio digno del status familiar en algún lugar céntrico de la ciudad.

² Cfr. Valle, Carmen, “Un Alma Cumbre, Juana Ross de Edwards”, Stgo., 1944.

La emergente ciudad-puerto la recibía augurándole un próspero futuro.

Agustín debió respirar hondo el refrescante aire marino, exhalando enseguida todos sus sueños y esperanzas.

José Agustín de Dios Edwards Ossandón, había nacido el 20 de mayo de 1815. Era hijo del médico Jorge Edwards Brown y de doña Isabel Ossandón Iribarren. Era el tercero de ocho hermanos.

Con mal rendimiento escolar, no pasó de los cursos de la Primaria (Enseñanza Básica); sin embargo poseía una alta capacidad matemática que supo aplicar en los negocios. A los once años y con sus mesadas ahorradas, ya realizaba transacciones con gallinas y huevos. Muy joven se inició en la actividad de la minería para lo cual se estableció en Freirina, luego en Huasco y más tarde en Chañarcillo, donde en 1832 se descubrieron importantes yacimientos de plata.

En Copiapó formó una casa bancaria destinada a la compra de minerales y que además, extendía préstamos a los trabajadores. Para entonces ya había forjado una considerable fortuna.

A su habilidad comercial, se unía una ética ejemplar y un alto espíritu caritativo.

En circunstancias particularmente difíciles por las que atravesó don Jorge Edwards, en el plano económico, recibió el apoyo espontáneo y desinteresado de la familia Mery Varela, vecinos y amigos de los Edwards Ossandón.

La agradecida familia de Agustín nunca olvidó este auxilio que esperaba retribuir algún día.

Cuando falleció su padre, que también había incursionado en las minas, aunque con mala fortuna, quedó una alta deuda. Agustín la reconoció ante los acreedores, comprometiéndose a cancelarlas en un plazo prudencial, lo que cumplió a cabalidad.

Desposado con Juana Ross e instalado en el Puerto de Valparaíso nombró a su hermano Joaquín gerente de la Casa Edwards, confiándole todos sus negocios del Norte.

Una nueva vida esperaba en Valparaíso al flamante matrimonio Edwards Ross.

UNA CIUDAD PRÓSPERA

No eran etéreos los sueños del activo empresario; la realidad le acogió todas sus inquietudes. Al inicio de la segunda mitad del siglo, auguraba un rápido desarrollo para la ciudad hasta elevarla al sitial de “principal Puerto del Pacífico”.

En 1850 se había inaugurado la Bolsa Comercial del Valparaíso, la primera de Chile, donde se comenzaron a transar acciones y bonos. Se inician los trabajos de empedrado de las calles y la construcción de aceras.

Se funda, en 1851, el primer Cuerpo de Bomberos de Chile. En 1852 se inicia la construcción del Ferrocarril de Valparaíso a Santiago, y se inaugura el telégrafo de Valparaíso a Santiago.

Un gran paso en el campo de la salubridad fue ese mismo año la iniciación del primer servicio de agua potable.

En 1853 ya existían en Valparaíso cinco astilleros y al año siguiente se construyó el actual edificio de la Aduana. En 1856 se fundó el Banco de Valparaíso, el primero del país, y el alumbrado a gas, el primero de Chile y Sud América.

En 1857 se creó el Banco Nacional de Chile. Al año siguiente se fundó la Cámara Central de Comercio y se inauguró el edificio de la Bolsa Comercial, sólo por mencionar algunos signos de progreso.

Fue una década de intensa y próspera actividad en Valparaíso. Se abrieron numerosas casas de importación; se levantaban edificios de hermosos diseños...

La ciudad crecía en forma dinámica y los inversionistas, como Agustín Edwards, contribuían con entusiasmo a este desarrollo.

Advirtiendo una gran falencia en el plano de los seguros contra siniestros, y en vista de los estragos que los temporales ocasionaban a los barcos y sus cargas, Agustín Edwards instaló la primera Com-

pañía de Seguros –la Chilena Consolidada–, y que en ese tiempo la llamó sencillamente Cía. Chilena de Seguros.

Entonces ya tenía actividades comerciales en Santiago, Concepción, Quillota, San Felipe, Llay-Llay, Illapel, La Serena, Vallenar y Copiapó.

En 1856, fundó el Banco de A. Edwards y Cía. de Valparaíso, con un grupo de socios emparentados con él y con su esposa, integrando a Juana como socia comanditaria. El resto de los miembros fundadores, que no aportaron capital, fueron Jorge Olaf, Roberto Délano, Benito Forbes Smith y sus cuñados Jorge y Santiago Ross. Los únicos aportes de capital fueron los del matrimonio. Su fortuna crecía en forma vertiginosa. En esos años llegó a ser el primer banquero de América Latina.

Su capacidad como exportador le llevó a desarrollar importantes mercados en Francia, Inglaterra, Perú, Bolivia y Cuba, habilitando agencias en los respectivos países.

Su activa participación en el ferrocarril de Caldera-Copiapó la repitió en Valparaíso, contribuyendo a la construcción del ferrocarril Valparaíso-Santiago. Puentes, caminos, muelles todo lo que facilitara la comunicación y el desplazamiento comercial fue materia de su interés y acción.

Tanta buena disposición le valió el interés de los sectores políticos que lo eligieron Diputado de la República.

Valparaíso ofrecía un gran espectro de oportunidades.

Al ya millonario Agustín Edwards, nuevos y promisorios desafíos. A Juanita, su joven cónyuge, el extenso y abandonado campo de las necesidades humanas.

Por su parte, sin considerar la opulencia de su marido, ella inició sus propias actividades. Su sola presencia causaba revuelo en todos los círculos que debía frecuentar.

La juvenil dulzura de su rostro de piel blanca, libre de maquillaje y adornos artificiales, sus hermosos ojos azul-celeste que evocaban los cielos de Escocia, el señorío de sus ademanes, propios de

la formación anglosajona, y la curiosa particularidad de su cabello blanco albino que se fue transformando en su adolescencia, por el debilitamiento de la pigmentación melánica, le daban a su persona un realce especial.

Su procedencia de familia tenía un mágico vínculo con los gestores de la conquista de Chile:

“Se conjugaban en ella los rasgos sanguíneos de celtas y sajones, daneses y escandinavos; (...) poseía algunas gotas de sangre inglesa proveniente del Condado de Lancaster, y sangre castellana en cuanto descendiente de doña Catalina Ortiz de Gaete, de Zalamea-Extremadura, hermana de doña Marina Ortiz de Gaete, esposa del conquistador de Chile, el capitán don Pedro de Valdivia”.³

Al igual que en La Serena, muy pronto Juana fue el centro de la emergente sociedad porteña, proyectándose su imagen hasta la capital, como “una de las más hermosas beldades”.

Pero nada de esto resultaba significativo para la joven cuyo espíritu religioso y nivel cultural estaban por sobre los parámetros sociales de la época.

Había sido educada por su madre en la fe católica, al igual que el resto de sus hermanos, pero “desde su juventud se acostumbró a rozarse con gente de diversa manera de pensar”.⁴

Siendo muy observante y protectora de la fe, “en su vida privada y con sus relaciones jamás hizo cuestión de sectarismos, siempre fue tolerante y benévola con las opiniones de los disidentes; entre sus amigos había personas de variadas opiniones”, afirmaba su hermano Agustín.

Sin embargo no ocultó su deber de dar testimonio cristiano. “A todos sus deudos y a la sociedad entera dio siempre elevadísimos

³ Kuzmanich, Simón, “Presencia Salesiana, 100 años en Chile”, Edit. Salesiana, 1990.

⁴ Cfr. Ross, Agustín “El Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo y el señor Agustín Edwards”. Impra. y Lit. Universo, 1915.

ejemplos de piedad sólida y perseverante. Cuando el año 1850 llegó a Valparaíso, la devoción no era común en su sexo; pero sus consejos y buenos ejemplos contribuyeron a constituir un núcleo de mujeres cristianas que día a día fueron aumentando”.⁵

Y con estas características personales ella desarrollaría, a través de toda su existencia, la misión más trascendente: la opción por los pobres.

LA DULCE ESPERA

Pero Dios le tenía reservadas otras vivencias trascendentales. A un año de instalarse en esta ciudad y cuando recién había cruzado los 21 años de edad, experimentó la maternidad, la primera de siete que marcaron su existencia con dolorosas pruebas.

La dulce espera se le hizo larga. Su amado esposo, solícito y protector, no podía cubrir todas las horas y los días, debido a sus múltiples quehaceres empresariales.

Sus frecuentes viajes fuera de la ciudad le angustiaban, lo que era acentuado por el aprehensivo problema de la consanguinidad, que estuvo latente durante toda su vida con penosas consecuencias.

La fortaleza de la joven estaba en su fe religiosa, que sustentaba de un modo muy bien fundamentado.

Su consuelo era la misa diaria y la oración que llenaba sus horas de soledad.

En febrero de 1852 nació su primogénito Agustín Ricardo. La alegría del feliz alumbramiento superaba todos los temores, inquietudes y soledades que se habían proyectado a través de todo el embarazo.

Con el pequeño Agustín la familia Edwards Ross reafirmó su identidad próspera, feliz y caritativa.

⁵ Cfr. Oración Fúnebre del P. Clovis Montero. Anexo.

Integrante de una enorme familia, y desposado con la descendiente de otra más grande aún, la madre daba gracias a Dios por haber podido co-participar en la procreación de la vida, y esbozaba imprimir en su hijo la fe, la sensibilidad y la caridad cristiana haciendo de él un hombre de bien que honrara a la familia y a sus ancestros. Entre tanto el padre proyectaba para el pequeño Agustín un futuro pleno de expectativas progresistas; educación y cultura; luego, crecimiento empresarial, profesional o político, que contribuyera al desarrollo de su entorno. ¡Era su hijo primogénito! ¡Era un Edwards Ross!

SU AMIGO EL PRESIDENTE

Muy satisfactorio resultó ese año de 1851 para el matrimonio Edwards Ross.

La designación de Agustín como diputado de la República, cargo que, sin embargo, no quiso asumir, y el triunfo de Manuel Montt proclamado por el Congreso como Presidente de Chile, superando los malos augurios de una guerra civil, lo integraron de lleno a los niveles de decisión.

Por cierto, el gobierno del primer Presidente civil en la historia republicana y amigo personal de la familia, significaría un formidable desarrollo en obras públicas y un factor clave de oportunidades para los numerosos inversionistas chilenos y extranjeros.

En el mes de junio del año siguiente, el Primer Mandatario visitó Valparaíso donde permaneció por espacio de un mes aproximadamente. Tal era la importancia del principal puerto del Pacífico.

El Presidente viajó desde Santiago en diligencia, ingresando por Polanco donde fue recibido por las autoridades de la ciudad encabezadas por el Intendente Roberto Simpson, además de representantes de las diversas actividades locales.

Reuniones inherentes a su cargo, homenajes y recepciones sociales, ocuparon el valioso tiempo del Mandatario.

Entre estos actos estuvo la inauguración del Telégrafo, el primero de Sud América que se realizó el 21 de junio de 1852.

El matrimonio Edwards Ross también participó en algunas actividades sociales. Juana en particular, con reducida disponibilidad de tiempo, debido a su reciente maternidad.

Sin embargo, Rosario, la esposa y prima del Presidente Montt, pudo acompañar a Juana; compartiendo las largas veladas que tenían ocupado a sus respectivos maridos.

UN ESCENARIO DEPRIMENTE

La potente prosperidad económica que experimentaba Valparaíso a mediados del siglo XIX, no se proyectaba aún en la salubridad. Por el contrario, la creciente población, la rápida proliferación de fábricas de velas, curtiembres, jabonerías, el incumplimiento de las ordenanzas municipales y, obviamente la falta de una red de alcantarillado y agua potable, permitían la existencia de los numerosos pozos sépticos y el retiro nocturno de las heces en barriles que apesataban las calles.

El absoluto desaseo reinante en los hogares, las calles y la nauseabunda contaminación de zanjones y vertientes, facilitaba el aumento de enfermedades como el cólera, la diarrea, viruela, disentería, el tifus, etc., que cobraba diariamente numerosas víctimas especialmente entre los niños y en particular los indigentes provistos de una muy mala y deficiente alimentación y otras muchas privaciones.

A este alto riesgo de contaminación no escapaba la clase llamada de “elite” o burguesa, por cuanto, a pesar de estar protegidos por un ambiente cultural superior, especialmente en el ámbito de la higiene, no siempre era posible protegerse por las condiciones promiscuas propias de un puerto bullente y las deficiencias estructurales de la ciudad.

Ellos, los hombres del pueblo trabajaban a pie descalzo (“patipelados”) y desarrapados en las tareas de la orilla como cargadores

de lanchones, o deambulaban por las calles cubiertas de adoquines, tras un encargo temporal. Al atardecer de cada día, acudían a las tabernas a beber la paga, para luego subir ebrios a refugiarse en sus chozas en la cumbre de los cerros.

Sus mujeres asumían la responsabilidad de sustentar a la prole, lavando ropa ajena o empleándose en el servicio doméstico de las familias de clase.

Hambre, vicios; ignorancia; delitos; abandono, constituían la cultura de estos habitantes del entonces próspero Valparaíso.⁶

Todo esto no fue ajeno a Juana Ross, cuya acomodada vida social no le impedía ver y conocer la necesidad de los niños abandonados, de los ancianos desvalidos, ni la miseria humana de la clase humilde. Sufría.

Ella era capaz de ver más allá del afán comercial de la bullente ciudad y de la emergente, aunque mediocre, vida social porteña.

Había algo más allá que los caballeros y las damas ignoraban a su paso. Eran aquellos que no habían sido invitados a la mesa de la prosperidad y que aún no alcanzaban siquiera las migajas que caían del mantel comercial.

Mientras el afortunado empresario Agustín Edwards desarrollaba sus actividades con renovado entusiasmo, su joven esposa seguía ahondando su preocupación.

La prosperidad económica de su marido debía servir para algo más allá del compensatorio bienestar y la satisfacción de los talentos bien administrados.

Su proverbial sensibilidad le hacía pensar, rezar y actuar en busca de soluciones que, al menos, mitigara tanta necesidad.

Buscaba las respuestas en la oración y finalmente la encontró en los Evangelios.

⁶ Cfr. Lorenzo S., Santiago, G. Harris y N. Vásquez “Vida, Costumbres y Espiritu Empresarial de los Porteños”. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2000.